

WALT WHITMAN
HOJAS DE HIERBA

AUSTRAL

WALT WHITMAN HOJAS DE HIERBA

Traducción

José Luis Chamosa y Rosa Rabadán

Edición

José Antonio Gurpegui





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Leaves of Grass*

© de la traducción, José Luis Chamosa y Rosa Rabadán, 1999

© de la edición, José Antonio Gurpegui, 1999

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones de la cubierta: Shutterstock

Primera edición: 9-IX-1999

Primera edición en esta presentación: octubre de 2026

Depósito legal: B. 13.541-2026

ISBN: 978-84-670-8385-9

Impreso en España

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN de José Antonio Gurpegui	9
Una época; un lugar	12
Walt Whitman: vida y obra	24
<i>Hojas de hierba</i>	38
Nuestra edición	68
 BIBLIOGRAFÍA SELECTA	 71
 PRESENTACIÓN DE LA TRADUCCIÓN	 75

HOJAS DE HIERBA (1855)

[PRÓLOGO]	81
[CANTO A MÍ MISMO]	111
[CANTO DE LAS OCUPACIONES]	192
[PENSAR EN EL TIEMPO]	206
[LOS DURMIENTES]	215
[YO CANTO AL CUERPO ELÉCTRICO]	229
[ROSTROS]	238
[CANTO DEL RESPONDEDOR]	244

[EUROPA AÑOS 72 Y 73 DE ESTOS ESTADOS]	248
[BALADA DE BOSTON]	251
[HABÍA UN NIÑO QUE SALÍA TODOS LOS DÍAS]	254
[QUIÉN APRENDE MI LECCIÓN COMPLETA]	257
[GRANDES SON LOS MITOS]	260

APÉNDICE: HOJAS DE HIERBA (1856-1892)

De «Hijos de Adán»

Al jardín al mundo	267
Una mujer me espera	268
¡Casado! ¡Casada!	270
Pasé una vez por una ciudad populosa	270

De «Cálamo»

Por senderos no hollados	271
Nosotros dos chicos siempre juntos	272
Soñé en un sueño	272
A bordo del ferry de Brooklyn	273

De «Deriva»

De la cuna que se mece sin cesar	282
--	-----

De «Recuerdos del Presidente Lincoln»

La última vez que florecieron las lilas en el huerto ..	291
¡Capitán! ¡Mi capitán!	302

De «Riachuelos de otoño»

A una prostituta corriente	304
----------------------------------	-----

Viaje a la India	305
------------------------	-----

De «Cantos de despedida»

Adiós	319
-------------	-----

Una mirada retrospectiva a los caminos recorridos	323
--	-----

[CANTO A MÍ MISMO]¹

Me canto a mí mismo,
y lo que yo acepto tú aceptarás,
pues cada átomo de mí también es parte de ti.

Paseo e invito a mi alma,
paseo a mi aire y me inclino... a observar una brizna de
hierba de verano.

Las casas y sus habitaciones están llenas de perfumes... los
anaqueles están atestados de perfumes,
respiro la fragancia, y la reconozco y me gusta,
los vapores me embriagarían, pero no los dejaré.

La atmósfera no es un perfume... no tiene regusto a los va-
pores... no tiene olor,
está siempre en mi boca... me tiene prendado,

¹ En la 1.^a edición (1855) los poemas aparecían sin título. En la 2.^a edición (1856) apareció con el título «Poema de Walt Whitman, Americano», y en la 3.^a edición (1860), «Walt Whitman». Así hasta la de 1881, en que aparece con el título que ha llegado hasta nuestros días.

iré a la orilla cerca del bosque y me quitaré la ropa y me
quedaré desnudo,
sólo pienso en entrar en contacto con ella.

El hálito de mi propio aliento,
ecos, ondulaciones y murmullos susurrados... raíz de amaran-
to, hilo de seda, horquilla y vid,
mi respiración e inspiración... los latidos de mi corazón... la
circulación de la sangre y del aire por mis pulmones,
el aroma de hojas verdes y de hojas secas, y de la costa
y de las rocas marinas de colores oscuros, y del heno en el
pajar,
el sonido de las palabras graves de mi voz... palabras libres
en los remolinos del viento,
unos pocos besos fugaces... unos abrazos... un estrecharse,
el juego de sol y sombra en los árboles al agitarse las ramas
suavemente,
el placer bien en la soledad o en el bullicio de la muchedumbre,
o en campos y colinas,
el sentirse bien... el trino del mediodía... mi canto al levantarme y encontrarme con el sol.

¿Crees que mil acres es mucho? ¿Crees que la tierra es
mucho?

¿Tanto tiempo has necesitado para aprender a leer?

¿Te has llegado a sentir tan orgulloso como para entender
los poemas?

Quédate conmigo este día y esta noche y tendrás el origen
de todos los poemas,
tendrás lo bueno de la tierra y del sol... quedan millones de
soles,

no volverás a experimentar las cosas de segunda o de tercera mano... ni verás con los ojos de los muertos... ni te alimentarás de espectros en los libros, tampoco verás a través de mis ojos, ni conocerás las cosas a través mío, oírás a todos y discernirás por ti mismo.

He oído lo que hablaban los que estaban hablando... el habla del principio y del fin, pero no hablo ni del principio ni del fin.

Nunca hubo más comienzo que ahora, ni más juventud o vejez que hay ahora; y nunca habrá más perfección que hay ahora, ni más cielo ni infierno que hay ahora.

Anhelo, anhelo, anhelo, siempre el anhelo procreador del mundo.

De lo borroso surgen opuestos iguales... siempre sustancia e incremento, siempre un tejido de identidad... siempre distinción... siempre un linaje de vida.

Elaborar no vale... sabios e iletrados saben que es así.

Seguros como lo más seguro... enhiestos como cortados a plomo, bien atados, reforzados en las vigas, fuertes como un toro, afectuosos, altaneros, eléctricos, aquí estamos este misterio y yo.

Clara y dulce es mi alma... y claro y dulce es todo lo que no es mi alma.

Si falta uno faltan los dos... y lo que no se ve se prueba por
lo que se ve,
hasta que deja de verse y así es a su vez probado.

Mostrando lo mejor y separándolo de lo peor, cada genera-
ción ofende a las demás,
conociendo la perfecta propiedad y equilibrio de las cosas,
mientras polemizan guardo silencio y voy a bañarme y a
admirarme.

Bienvenido cada uno de mis órganos y atributos, y los de
todo hombre bueno y limpio,
ni una pulgada ni la parte más ínfima de una pulgada es
despreciable, y ninguna ha de ser menos conocida que el
resto.

Me siento satisfecho... veo, bailo, río, canto;
mientras Dios se vuelve un amoroso compañero de cama y
duerme a mi lado toda la noche y muy junto al despuntar
el día,
y me deja canastas cubiertas de paños blancos que llenan la
casa con su abundancia,
¿he de postergar mi aceptación y mi consciencia y gritar a
mis ojos,
para que dejen de mirar camino abajo y arriba,
y sin dilación cuenten y calculen al céntimo,
los exactos contenidos de una, y los exactos contenidos de
dos,
y qué va primero?

Me rodean paseantes y curiosos,
gente que encuentro... efecto que sobre mí tiene mi vida an-
terior... del barrio y de la ciudad en que vivo... del país,

las últimas noticias... descubrimientos, inventos, sociedades... autores viejos y nuevos,
mi comida, ropa, colegas, aspecto, negocio, saludos, obligaciones,
la indiferencia real o fingida de un hombre o mujer a los que quiero,
la enfermedad de uno de mis padres —o mía... o una mala acción... o la pérdida o falta de dinero... o las depresiones o las euforias,
vienen a mí de día o de noche y se van otra vez,
pero no son mi Yo mismo.

Aparte de todo este tira y afloja está lo que soy,
está divertido, complaciente, compasivo, ocioso, unitario,
mira hacia abajo, está de pie, reposa el brazo sobre un apoyo inmaterial,
mira curioso con la cabeza ladeada lo que viene a continuación,
formando parte al mismo tiempo del juego y fuera de él, observándolo e investigándolo.

Veo retrospectivamente los días en que me afanaba entre la niebla con lingüistas y polemistas,
no tengo engaños ni pruebas... lo constato y espero.

Creo en ti mi alma... el otro que yo soy no debe humillarse ante ti,
y tú no debes humillarte ante el otro.

Descansa conmigo en la hierba... suelta el freno de tu garganta, ni palabras, ni música ni poesía quiero... ni historia ni discurso, ni siquiera los mejores,
sólo me gusta el murmullo, el susurro de tu voz templada.

Me viene a la memoria cómo estábamos recostados en junio, una mañana tan clara de verano;
apoyaste la cabeza entre mis caderas y te volviste lentamente hacia mí,
y me entreabriste la camisa en el pecho, y heriste con la lengua mi corazón desnudo,
y me tocaste la barba, y me sujetaste los pies.

Presto surgieron y me inundaron la paz y el gozo y la sabiduría que van más allá de todo arte y razonamiento terrenos;
y sé que la mano de Dios guía mi mano,
y sé que el espíritu de Dios es el guía de mi espíritu,
y que todos los hombres que han existido también son mis hermanos... y todas las mujeres mis hermanas y amantes,
y que un soporte básico de la creación es el amor;
y que son innumerables las hojas lozanas o marchitas en los campos,
y las hormigas pardas en sus pequeñas madrigueras bajo tierra,
y las marcas mohosas de las cercas, y los montones de piedras, y el saúco y el verlasco y la hierba carmín.

Un niño me preguntó, ¿Qué es la hierba? mientras me la mostraba a manos llenas;
¿cómo podría contestarle?... lo ignoro tanto como él.

Puede que sea el estandarte de mi talante, tejido con el verde de la esperanza.

O puede que sea el pañuelo de Dios,
un regalo perfumado, recuerdo que han dejado caer a propio intento,

con las iniciales del dueño en las esquinas, para que las veamos y nos preguntemos, ¿De quién?

O puede que la hierba sea ella misma un niño... el vástago que brota de la vegetación.

O puede que sea un jeroglífico uniforme,
y tiene significado, brotando lo mismo en espacio grande y pequeño,
creciendo entre negros como entre blancos,
canadiense, virginiano, congresista, negro, les doy por igual, los acepto por igual.

Y ahora me parece que es el hermoso pelo sin cortar de las tumbas.

Te trataré con delicadeza hierba rizada,
puede ser que surjas del pecho de hombres jóvenes,
puede que si los hubiera conocido los habría querido;
puede que seas de viejos y de mujeres, y de los hijos pronto retirados del regazo de sus madres,
y aquí eres el regazo de las madres.
Esta hierba es muy oscura para ser de las cabezas blancas de madres viejas,
más oscura que las barbas descoloridas de los viejos,
demasiado oscura para venir de debajo de los rojizos velos del paladar.

¡Advierto después de todo tantas lenguas que hablan!
Y advierto que no por nada vienen del cielo de la boca.

Ojalá pudiera traducir lo que me dejan conocer de los hombres y mujeres jóvenes muertos,

y lo que me dejan conocer de los viejos y de las madres, y
de los niños arrebatados antes de tiempo de sus regazos.

¿Qué piensas que ha sido de los hombres jóvenes y viejos?
¿Y qué piensas que ha sido de las mujeres y de los niños?

Están vivos y están bien en algún sitio;
hasta el retoño más pequeño es muestra de que en realidad
no hay muerte,
y si alguna vez la hubo fue por delante de la vida, y no es-
pera al final para detenerla,
y dejó de existir en el momento en que apareció la vida.

Todo progresa y se expande... y nada se destruye,
y morir es distinto de lo que todo el mundo suponía, y más
afortunado.

¿Hay alguien que haya supuesto que es afortunado haber
nacido?

Me apresuro a informarle de que es igual de afortunado mo-
rir, y yo bien lo sé.

Experimento la muerte con el que muere, y el nacimiento
con el niño al que acaban de limpiar... y no soy sólo lo
que está entre mi sombrero y las botas,
y examino objetos multiformes, no hay dos iguales, y todos
son buenos,
la tierra es buena, y las estrellas son buenas, y todos sus sa-
télites son buenos.

No soy una tierra ni satélite de una tierra,
soy el colega y compañero de la gente, todos igual de in-
mortales e insondables que yo mismo;
ellos no saben cuán inmortales, pero yo sí lo sé.

Cada especie para sí y para los suyos... para mí la mía macho y hembra,
para mí todos los que han sido muchachos y quieren a las mujeres,
para mí el hombre que es orgulloso y que siente cómo duele ser desairado,
para mí la novia y la solterona... para mí las madres y las madres de madres,
para mí los labios que han sonreído, los ojos que han derramado lágrimas,
para mí los niños y los que han engendrado niños.

¿Quién ha de temer a la unión?
Muéstrate como eres... para mí no eres culpable, ni estás pasado ni eres prescindible,
veo a través del lienzo y de la guinga si lo eres o no,
y siempre estoy cerca, persistente, codicioso, incansable...
y no te puedes librar de mí.

El pequeño duerme en la cuna,
levanto el mosquitero y lo observo un buen rato, y en silencio espanto las moscas con la mano.

El chaval y la chica de cara roja se separan al subir la colina,
los observo desde la cima.

El suicida yace inerte en el suelo ensangrentado de la habitación.
Se ha acabado... vi personalmente el cadáver... allí estaba la pistola.

El ruido de la calle... las llantas de los carros y el barro de las suelas y la charla de los que pasean,

el ómnibus pesado, el conductor con el pulgar interrogante,
el ruido metálico de las herraduras de los caballos sobre el
suelo de granito,
el carnaval de trineos, el repiqueteo y las risas que resuenan
y las bolas de nieve;
los vivas a los famosos... la furia de las turbas enardecidas,
el golpear de las cortinas de la camilla —el enfermo dentro,
lo llevan al hospital,
el encuentro de los enemigos, el insulto inmediato, los golpes
y la caída,
la muchedumbre excitada —el policía con su placa abriéndose
paso hasta el centro del grupo;
las piedras impasibles que reciben y devuelven tantos ecos,
las almas que van de un lado para otro... ¿son invisibles
cuando hasta el átomo más pequeño de las piedras es visible?
¡qué lamentos de los glotones o de los hambrientos que
caen en las losas insolados o con estertores!,
¡qué gemidos de las mujeres que se ponen de parto, vuelven
a casa de prisa y dan a luz!,
¡qué lenguaje vivo y enterrado está siempre resonando en
el aire!... ¡qué aullidos ahogados por la vergüenza!,
arrestos de delincuentes, desaires, proposiciones de amores
adúlteros,
respuestas positivas, rechazos con gesto despectivo,
me importan ellos o sus ecos... vuelvo a ellos una y otra
vez.

Los portones del granero están abiertos y listos,
la hierba seca de la estación de la cosecha hincha el carro
que avanza lento,
la luz brillante juega con el marrón, el gris y el verde que se
entremezclan,

los brazos se añaden al montón que crece:
estoy ahí... ayudo... vine tumbado encima de la carga,
sentía las sacudidas suaves... una pierna apoyada en la otra,
salto desde las vigas, y se me llenan las manos de trébol y
fleo,
y me revuelco y se me enreda el pelo con las pajas.

Solo, en lo agreste y en las montañas voy a cazar,
vago sin rumbo sorprendido de mi propia alegría y agili-
dad,
al anochecer busco un lugar seguro para pasar la noche,
enciendo un fuego y cocino lo que acabo de cazar,
me quedo profundamente dormido sobre las hojas que he
preparado, mi perro y la escopeta a mi lado.

El clíper yanqui navega con los tres sobrejuanetes... corta
la espuma y el viento,
mis ojos vislumbran tierra... me inclino a proa o grito ale-
gre desde cubierta.

Los barqueros y marisqueros se levantaron temprano y pa-
raron a recogerme,
me metí las perneras en las botas y me fui con ellos y lo
pasé bien,
deberías haber estado con nosotros aquel día en torno a la
olla del guisado.

Presencié la boda del trampero al aire libre en el oeste... la
novia era una india,
su padre y los amigos del novio estaban sentados cerca con
las piernas cruzadas y fumando en silencio... llevaban
mocasines y se cubrían las espaldas con mantas grandes
y gruesas;

en una loma estaba sentado el trampero... vestido básicamente con pieles... la barba poblada y los rizos del pelo le cubrían el cuello,
una mano apoyada en el rifle... con la otra sujetaba firme la muñeca de la india,
ella tenía pestañas largas... la cabeza descubierta... las trenzas, gruesas y largas, le bajaban por el cuerpo bien formado hasta los pies.

El esclavo fugitivo llegó hasta mi casa y se detuvo fuera, advertí su presencia por el crujir de las ramas en la leñera, por la puerta medio abierta de la cocina lo vi, débil, cojeante, me llegué hasta el tronco en donde estaba sentado, le hice entrar y lo tranquilicé,
y traje agua y llené una tina para su cuerpo sudoroso y sus pies heridos,
y le di una habitación a la que se entraba por la mía, y le di ropa corriente y limpia,
y puedo recordar perfectamente bien sus ojos huidizos y su sensación de incomodidad,
y puedo recordar ponerle emplastos en las llagas del cuello y los tobillos;
pasó conmigo una semana hasta que estuvo recuperado y pasó al norte,
lo hacía sentarse conmigo a la mesa... la escopeta apoyada en una esquina.

Veintiocho hombres jóvenes se bañan en la costa,
veintiocho hombres jóvenes, y todos tan amigos,
veintiocho años de vida femenina, y todos tan solos.

De ella es la hermosa casa que se levanta en la orilla,
se esconde guapa y elegantemente vestida detrás de las persianas de la ventana.